

Natasha Loayza Castro, *El trabajo de las mujeres en el mundo global, paradojas y promesas*, Centro de promoción de la mujer Gregoria Apaza, La Paz, Bolivia, 1997.

El libro plasma en papel el resultado de un trabajo de investigación realizado por la autora sobre las mujeres aymaras urbanas en los mercados de La Paz y El Alto (Bolivia). Dicha investigación, contó con el apoyo del Programa "Mujer y Desarrollo" del Instituto de Estudios Sociales de la Haya-Holanda. Está organizado en tres secciones: La primera trata sobre aspectos teórico-metodológicos y el contexto socioeconómico de fines del siglo XX y se divide en tres capítulos.

La segunda y tercera sección resultan las más interesantes para el lector ajeno a la cultura y realidad socioeconómica boliviana ya que presentan una descripción de la participación laboral femenina aymara en los principales centros urbanos de Bolivia, como así también una caracterización socio-étnica del corpus analizado teniendo en cuenta las variables tales como migración interna, vestimenta, idioma, prácticas y significados del trabajo y las relaciones de poder en el ámbito privado (concubinato, matrimonio, etc).

La segunda sección incluye los capítulos IV y V. En el cuarto, se presentan los resultados de dos relevamientos cuantitativos anteriores: la Encuesta Integrada de Hogares de 1989 y la Encuesta Continua de 1995. El capítulo quinto expone una "modelización econométrica" formalizada sobre la base de la construcción de dos indicadores: una "tipología de pobreza" y una "tipología de hogares y ciclo vital". Sus resultados contribuyen a entender los diversos factores que impulsan o inhiben la incursión de las mujeres en el ámbito laboral según estratos económicos y estadios del ciclo vital de los hogares.

La tercera sección, con los capítulos VI y VII, está dedicada al análisis etnográfico y cualitativo de un grupo de mujeres productoras y comerciantes de los mercados de La Paz y El Alto. El objetivo de la autora es reproducir la voz de las propias mujeres, intercalando para ello, testimonios de algunas de las cincuenta y una mujeres entre 20 y 40 años que entrevistó. El capítulo VII está destinado al análisis de las redes

sociales urbanas y rurales que son armadas por estas mujeres y su importancia como soporte de sus actividades económicas.

Citando a A.M. Scott (1985), Loaysa Castro sostiene que "Las diferencias de género y la jerarquía son creadas en el mercado de trabajo tanto como en la casa" (p. 23) Por lo tanto, "... la subordinación de las mujeres no puede ser situada solamente en la esfera de lo reproductivo: la familia es uno de los "ámbitos" entre muchos otros donde el género es construido y reproducido. Uno de esos otros ámbitos es el mercado de trabajo" (p. 24) En consecuencia, reconceptualizar el trabajo desde la perspectiva de las mujeres, significa entender no sólo la dimensión estructural de la división sexual del trabajo, sino también las prácticas concretas a través de las cuales las mujeres y los hombres hacen que esas estructuras devengan en realidades concretas.

La propuesta metodológica implementada intenta "...traducir los hallazgos de la investigación cualitativa en categorías concretas de medición cuantitativa" (p. 29)

Tras un análisis de la aplicación de los programas de estabilización y ajuste estructural implementados por el FMI y el Banco Mundial en los países del Tercer Mundo, la autora se detiene en el impacto social provocado por esos programas y específicamente en el impacto de género que ellos tienen. Sostiene que en este nuevo escenario, la explotación del trabajo de las mujeres se ha intensificado. En el caso específico de Bolivia, en las ciudades capitales, hay un incrementado considerablemente del trabajo de las mujeres. Al aumento general de la Población Económicamente Activa, se opone una gran disminución de la población inactiva (amas de casa, estudiantes, jubilados, etc). Afirma que el desempleo abierto en países como Bolivia no puede ser considerado como el problema de mayor magnitud e importancia porque cuando la demanda de trabajo disminuye, el autoempleo (cuentapropismo) crece, reduciéndose la posibilidad de encontrar tasas elevadas de desempleo abierto. Los períodos de cesantía de los varones han tendido a alargarse mientras que el trabajo formal femenino (obreras y empleadas) y el trabajo independiente masculino ha aumentado en las ramas de actividad tradicionalmente femeninas: el comercio y los servicios. A la feminización de la pobreza y el fenómeno de la jefatura femenina se suma el incremento de la violencia familiar, los divorcios y el abandono de los hijos.

En cuanto a las características específicas de la inserción de las mujeres aymaras en el mercado de trabajo, las conclusiones a las que llega la autora se condicen con las características propias de las mujeres de los estratos de bajos ingresos, para las cuales el empleo no es una opción. Su participación no depende de factores ligados a la estructura familiar, el número de hijos no es un factor restrictivo de la participación laboral de las mujeres pobres. Los niños menores no son una "carga" para las mujeres en cuanto a que le exigen mayor cuidado y dedicación impidiendo su participación laboral como ocurre en los sectores de clase media y alta. El condicionamiento de hijos pequeños está dado por la imposibilidad para sus madres de conseguir mejores puestos de trabajo porque deben llevarlos con ellas. El número de hijos afecta sí la calidad del empleo y la proporción de sus ingresos.

El nivel de educación no es tampoco significativo en la inserción laboral. "No importa el nivel de educación que estas mujeres hubieran alcanzado, el mercado de trabajo para ellas está cerrado y se restringe a la producción y/o el comercio independiente, la artesanía y los servicios. Esto se debe a que son mujeres, pero, fundamentalmente a que son mujeres de *pollera*¹. Confluencia de una discriminación de género y étnica en el mercado de trabajo" (p 151)

En cuanto a la variable etaria, la mayoría de las mujeres de este corpus inician su actividad laboral siendo niñas y por lo general en su vida adulta continúan desarrollando el mismo tipo de actividad.

El estado civil es un factor de importancia crucial como fuerza restrictiva de la participación laboral. Sin embargo, ante la situación de crisis económica, las suegras o las cuñadas interceden para que el marido permita a su mujer trabajar. A esto hay que agregar que en la cultura aymara, se espera socialmente que estas mujeres sean buenas trabajadoras más que buenas madres y esposas sumisas "Estas mujeres valoran altamente su trabajo, es parte de su identidad de mujeres y es a partir de esa identidad que se encargan celosamente de que sus hijas y otras mujeres jóvenes de quienes se constituyen en mentoras, adquieran las destrezas, los conocimientos, las herramientas, las redes sociales y todos los elementos para que trabajen como ellas..." (p 154).

Tanto la proporción del ingreso del hombre al hogar como la cesantía masculina (que equivale a inactividad total), son determinantes

de la participación laboral de la mujer. A diferencia de los hogares de ingresos medios o altos, a mayor número de miembros del hogar trabajando, mayor es la probabilidad de que la mujer esté también trabajando.

La autora concluye que "Las prácticas laborales de las mujeres son mucho más que estrategias de sobrevivencia, son acciones de resistencia e implícita negociación frente a un cotidiano estructurado en base a relaciones desiguales de poder de género y frente a un sistema económico y social patriarcal que las excluye y las discrimina" (p153).

En cuanto a la paradoja a que hace referencia el título del libro, sostiene que mientras se intensifica la explotación laboral de las mujeres, posiblemente hoy más que nunca, ellas tengan la oportunidad de visibilizar su cotidiano y su trabajo ante la sociedad. La promesa se inscribe en el hecho de que la pobreza empieza a ser reconocida no sólo como el efecto de carencias económicas, sino como el producto de discriminaciones éticas y de género. "Es aquí donde radican las promesas de que las mujeres ganen y transformen los nuevos espacios en oportunidades" (p 154).

Alejandra Boschetti
Centro Interdisciplinario de Estudios de Género
Universidad Nacional del Comahue

Notas

¹ Vestimenta típica indígena acompañada por una manta y el sombrero "borsalino" que al igual que el uso de la lengua aymara son mantenidos o adoptados por estas mujeres como una forma de demostrar su pertenencia a un grupo socio-étnico que es también el de sus colegas y clientes en el mercado.